

De estrategia literaria

HACE algunos meses, un escritor envió desde Chile un libro suyo, recientemente publicado, a Eugenio d'Ors. No es posible negar que su propósito era algo interesado. En efecto, Eugenio d'Ors sostiene en algunos diarios peninsulares una sección denominada «Glosario». En ella se examinan hechos culminantes de la vida internacional; se acotan aspectos de la realidad; se esbozan teorías filosóficas. Muchos libros ha publicado este escritor con glosas espigadas a lo largo de muchos años. ¿Es necesario citarlos? No. Todos son muy conocidos.

Pero nos hemos apartado de nuestra narración. El escritor a que aludimos al principio, envió a Eugenio d'Ors, su primer libro. Lógico era que le desease la mejor suerte. Pues bien, esa suerte posiblemente se traducirá en una glosa o, mejor, en una mención de su nombre y del título de su obra en alguna de las muchas glosas que escribe d'Ors. Así lo afirma una breve esquela que recibió el prosista de marras. ¿Se nos permitirá copiarla? Dice así:

«Madrid, 29-X-1927. Sr. don N. N.—Mi distinguido amigo y colega: Una temporada de retiro, exigida por el deber exclusivo de preparación de un trabajo difícil, y luego, inmediatamente, una serie de viajes, también exigidos en parte por dicho trabajo, me han tenido apartado durante los últimos meses del comercio con los libros nuevos. Esta es la razón de que me haya visto obligado a demorar la lectura, que siempre me ha prometido grata, del de usted que recibí en su día, agradeciendo el presente en lo que vale. Ahora por fin le he podido consagrar

unas horas que lo han sido para mí de vivo placer y de gran riqueza de reflexiones. A mis Glosas me propongo llevar algunas de estas. Mientras tanto le adelanto mi cordial felicitación, a la vez que me ofrezco muy afectuoso suyo y e. s. m. Eugenio d'Ors.

Nada tiene de particular esta esquela, si le perdonamos el estilo, laberíntico y odioso de leer. El escritor catalán sabe reservarse para sus páginas predilectas. Las que no lo son, están escritas como cae. Esta esquela es una de ellas. ¿Quién podría reconocer en esas líneas la sobria majestad de tantas de sus glosas? Notarial y absurdo, su estilo en esta misiva no parece nacido de su pluma sino de la de algún amanuense en quien el escritor hubiera depositado injustificada confianza.

Decimos que no tiene nada de particular esta esquela pero ahora vamos a probar lo que tiene de insólito. En ella hay tres escrituras diferentes. 1.^a La manuscrita, que ha hecho los rasgos «29-X», (es decir, «29 de Octubre»), entre *Madrid* y 1927, escritos a máquina, y la firma, como es lógico. 2.^a Una mecanográfica que denuncia el empleo del papel carbón y comprende las palabras ya indicadas y todo el texto de la esquela, desde «Mi distinguido amigo y colega» hasta «muy afectuoso suyo y e. s. m.» 3.^a Otra mecanográfica, esta vez directamente hecha por la máquina sobre el papel, y que dice: «Sr. Dn. N. N.» (aquí el nombre).

Este examen nos prueba varias cosas; a saber: a) La redacción de esta carta es común por lo menos a cuatro, cinco o seis ejemplares, hechos con el fácil procedimiento de intercalar hojas de papel carbón entre cada ejemplar. Nada en esas líneas particulariza. Lo mismo puede allí el glosador referirse a un libro de poemas como a un texto de geografía. Se ocupa más en sus propios asuntos (la *temporada de retiro*, la *serie de viajes*, ambas exigidas por la *preparación de un trabajo difícil*) que de la obrilla, buena o mala, que se le enviara. b) Este expediente es usado como procedimiento general por el glosador para contestar a sus admiradores. En efecto, suponiendo que la esquela que hemos visto sea la copia singular de una carta

enviada a un solo escritor (y en este caso llamaría la atención la grosería de quien despacha, autorizándola con su firma, no el original sino la copia de su correspondencia), quedaría por investigar cómo llegó a emplearse otra clase de máquina para escribir el nombre del corresponsal. Porque, en efecto, el texto de la esquila está escrito en un tipo y el nombre del destinatario en otro más grande, de ojo más abierto.

Y nos prueba, en fin, otras cosas menos fáciles de decir.

El escritor francés Divoire escribió hace algún tiempo un tratado de estrategia literaria que comprende todas las recetas de que se valen los escritores para este género de relaciones. No sabemos que haya analizado allí este singular hecho. En cambio, la realidad lo ofrece con caracteres perfectamente definidos.

Hace algunos años, recordará el lector, no había libro de americano que no incluyera en sus páginas preliminares o finales una atenta esquila, dirigida al autor por Max Nordau. El señor Nordau seguía—justo es decirlo—otro procedimiento. Más diplomático, citaba el nombre del libro y se refería a veces concretamente a algunas de sus aserciones. No prometía escribir, sino muy raras veces; pero en cambio revelaba haber leído, o por lo menos, hojeado sus páginas. La receta nos parece conocida. Nordau tenía organizada una secretaría internacional. El personalmente sabía varios idiomas; sus secretarios sabían los demás. En esta forma, todo libro que pasara por allí—y se recibían centenares de volúmenes semanalmente, de todas partes del mundo, escritos en todas las lenguas—era examinado brevemente. En seguida el secretario redactaba una esquila, siempre muy breve, pero muy directa. Nordau aparecía allí interesado en el estudio de la quiromancia, de la geología, del cultivo del arroz, de la metafísica. Y opinaba también sobre el estilo de la obra, sobre el manejo que de las ideas filosóficas revelaba el autor, etc. En esta forma, Nordau conquistaba voluntades en todos los continentes. Cada escritor que le había enviado un libro recibía una amable esquelita suya, que hacía palidecer de envidia a sus colegas aún no distinguidos con tal

muestra de afecto. Y cada corresponsal era, desde luego, un incondicional voceador de su fama.

Preciso es confesar que el señor d'Ors no ha perfeccionado el procedimiento; ni siquiera lo ha mantenido a la altura de su predecesor. Sus recursos tal vez no le permiten tener sino un solo amanuense, y este seguramente no sabe más que una lengua y no tiene el tiempo necesario para hacer de cada esquila un original, en lugar de hacer series de copias que revelan tan burdos expedientes.

Para terminar, una aclaración: la persona que envió su libro al señor d'Ors ha perdonado ya a este escritor su desliz y nos ha autorizado para declarar que, como no quiere avergonzar al glosador catalán, no piensa hacer reproducir en ningún diario ni en libro alguno que publique más tarde, la breve esquila recibida. Le parece este el mejor castigo que puede inflingir al mayestático *Xenius* de la pluma de oro.

R. SILVA CASTRO.